

EUCARISTIA Y ESCATOLOGIA *

Han pasado los tiempos del aislamiento de la escatología en el conjunto de la sistemática teológica. Los «novísimos» no son un apéndice final de la dogmática, sino un desarrollo necesario de la fe en Cristo resucitado. En él tiene su fundamento lo que todavía esperamos¹, porque sólo en él se ha manifestado y expresado el amor de Dios a los hombres de una manera total. Por ello en Cristo comienzan ya los tiempos nuevos, de modo real aunque todavía oculto. Real, porque en él Dios nos ha dicho de modo irreversible su Palabra de salvación. Oculto, porque esta salvación no se ha realizado todavía en nosotros plena y definitivamente, porque no está todavía completo el cuerpo de Cristo resucitado. No se ha manifestado todavía lo que ya somos (cf. 1 Jn 2,28; 3,2). En su resurrección Jesús ha sido constituido Señor y Cristo (Hch 2,36; cf. Rom 1,4, etc.) y ejerce ya su dominio sobre el mundo. Pero falta todavía la entrega del Reino al Padre (cf. 1 Cor 15,24ss) y con ello la consumación de su obra intercesora y sacerdotal en favor de toda la humanidad. No ha llegado todavía, en otras palabras, la *parusía* del Señor. Esperamos aún su advenimiento en gloria y con él nuestra resurrección y redención plena y la transformación de todo el cosmos en la fuerza de su Espíritu.

La Iglesia es depositaria ante el mundo de esta esperanza escatológica; es signo de la salvación ya presente y todavía por venir; peregrina hacia la plena manifestación de la Iglesia de los santos, pero poseedora ya de las pri-

* Estas páginas son unas reflexiones fragmentarias sugeridas por la lectura del libro de M. GESTEIRA GARZA, *La eucaristía, misterio de comunión*, Ed. Cristiandad, Madrid 1983. No intento hacer una reseña ni presentación de esta obra, aunque sí deseo señalar que me merece en conjunto un juicio muy positivo. Quiero agradecer al propio M. Gesteira su disponibilidad para el diálogo y el intercambio de puntos de vista sobre los temas aquí tratados.

¹ S. HILARIO DE POITIERS, *De Trinitate* XI, 31 (CCL 62A,560): «Quae enim per adinpletionem temporum sunt gerenda, ea iam in Christo, in quo omnis est plenitudo, consistunt.»

micias del Espíritu y, por consiguiente, de una santidad verdadera. En la Iglesia, en todas las manifestaciones de su vida, se experimenta esta tensión escatológica. En el camino hacia el Padre se gusta ya el anticipo del Reino futuro².

Nada tiene, por tanto, de extraño que esta tensión escatológica se exprese con fuerza peculiar en la acción litúrgica, culmen al que tiende la acción de la Iglesia, y de modo particular en la celebración eucarística³. Ya para santo Tomás el sacramento es un signo que no sólo rememora la pasión de Cristo y demuestra la gracia que en nosotros causa, sino que preanuncia también la gloria futura⁴. En la eucaristía, por consiguiente, junto a la memoria de la muerte y de la resurrección del Señor, se renueva la esperanza en su venida futura⁵.

Toda la escatología cristiana, decíamos, encuentra su fundamento en la resurrección de Jesús. De ahí que también la tensión escatológica propia de la Iglesia arranque de la presencia en ella del Señor resucitado, que la vivifica por su Espíritu. La eucaristía es un momento privilegiado de esta presencia del Señor resucitado en medio de los suyos; podemos decir sin temor a exagerar que es el momento en que esta presencia adquiere su máxima densidad. El Señor se hace presente en toda la comunidad, en la persona del ministro, y sobre todo en las especies eucarísticas⁶. En los recientes estudios sobre la eucaristía se pone de relieve, con razón, que es el Señor glorificado quien se hace presente en su Iglesia, en las especies del pan y del vino y en la comunidad que de ellos participa⁷. Ahora bien, esta presencia es, todavía, una presencia velada. En la celebración eucarística es la propia conciencia creyente de la presencia del Señor la que hace desear con más intensidad su manifestación definitiva. En el banquete del Reino la comunión con el Señor (y también con los hermanos) se dará en la visión y en la manifestación plena; no bajo signos que, inevitablemente, ocultan al mismo tiempo que hacen presente. También desde este punto de vista la parusía aún esperada condiciona el modo de manifestación y de presencia en la Iglesia y, por tanto, en la eucaristía, del Señor glorificado. Estamos todavía en tiempo de esperanza, no de posesión plena. La eucaristía y la presencia de Jesús en ella reflejan esta situación: presencia real, porque real es el señorío de Cristo; presencia velada, porque no ha llegado todavía su manifestación total.

² Cf. VATICANO II, *Lumen Gentium*, 48ss.

³ Cf. ib., *Sacrosanctum Concilium*, 5-10.

⁴ *STh* III, q.40, a.3: «Unde sacramentum est signum rememorativum eius quod praecessit, scilicet passionis Christi, et demonstrativum eius quod in nobis efficitur per Christi passionem, scilicet gratiae, et pronosticum, id est, praenunciativum futurae gloriae.»

⁵ Cf. *Misal Romano*, plegarias eucarísticas III y IV; también las aclamaciones que siguen a la narración de la institución en las cuatro plegarias eucarísticas.

⁶ *Sacrosanctum Concilium*, 7: «Praesens adest (Christus) in Missae Sacrificio cum in ministri persona, ... tum maxime sub speciebus eucharisticis.»

⁷ Cf. GESTEIRA GARZA, o.c., 147-194.

Sabemos que la eucaristía no agota su sentido en la presencia del Señor en las especies. Por su misma dinámica tiende a la construcción de la Iglesia, a la edificación de la comunidad, a hacer que todos y cada uno de los que en ella participan se unan personalmente al Señor. Cuerpo de Cristo es el pan, pero lo es también la Iglesia, y entre ambos hay una relación intrínseca y esencial (cf. ya 1 Cor 10,16s). También esta relación entre la eucaristía y la comunión con Cristo y los hermanos ha de ser debidamente subrayada⁸. Y de nuevo podemos decir: la comunión que ahora realiza la participación en un mismo pan y una misma copa es anticipo de la plenitud de la comunión escatológica en el banquete del Reino. También allí la unión del cuerpo con Cristo cabeza y la de los miembros entre sí será total; no necesitará de signos que la expresen y realicen. La manifestación del Señor es salvación para los suyos, es resurrección, plenitud humana en todas las dimensiones; y, por consiguiente, plenitud del cuerpo de Cristo que es la Iglesia, plena realización de la dimensión social del ser humano.

La Escritura y la tradición de la Iglesia nos hablan de la presencia de Jesús bajo las especies del pan y del vino. Desde hace siglos se habla de *transustanciación* para expresar este misterio. Pero las mismas fuentes bíblicas y de la tradición nos hablan también de una transformación del cosmos (no sólo del hombre) al final de la historia. Toda la creación tiene que participar en la libertad de Cristo, ya que ha sufrido y sufre la esclavitud que tiene su origen en el pecado (cf. Rom 8,18ss; Ap 21,1ss, etc.). La transformación del pan y del vino en la eucaristía y la del cosmos al final de los tiempos ofrecen sin duda notables semejanzas. Hay, por tanto, buenas razones para ponerlas en relación⁹. Pero se ha de subrayar a la vez la diferencia que existe entre una y otra transformación. Es el poder del Señor resucitado y la fuerza de su Espíritu las que en ambos casos llevan a cabo las transformaciones a que nos referimos; también en ambos casos la transformación va ligada a la presencia o a la manifestación del Señor. Pero las características de la presencia y la manifestación de Jesús son distintas en cada caso. Sobre este punto debemos reflexionar a continuación.

En la tradición de la Iglesia, como acabamos de recordar, la transformación de las especies que tiene lugar en la eucaristía se ha denominado *transustanciación*; con ello se ha querido indicar que Cristo asume de tal modo la realidad creada que la convierte en él mismo. Pero la transformación de la comunidad, del hombre o del cosmos, sin que pueda ser en absoluto minimizada, no es exactamente lo mismo: la Iglesia es cuerpo de Cristo (pero no olvidemos que Cristo es cabeza del cuerpo), el hombre se ha de transformar en Cristo, pero no de tal modo que deje de ser él mismo o que cada uno de los miembros de la comunidad pierdan su identidad personal. Más aún: en la plena unión con Cristo alcanza cada hombre su identidad, eliminada la alienación del pecado que le oprime. Algo parecido cabe decir de la transformación del cosmos de que nos habla el Nuevo Testamento; se

⁸ Cf. ib., 195-265; 564-572.

⁹ Cf. ib., 421-575, esp. 437ss.; 553-575.

trata de una consecuencia de la plena redención de los hombres que, a su vez, es fruto de la manifestación de Cristo. Pero el cosmos seguirá siendo cosmos, seguirá siendo criatura. Y en tanto que tal se convertirá en reflejo de la gloria del Señor en una medida incomparablemente mayor de lo que lo es ahora. Toda la realidad creada refleja la perfección del Creador; pero ahora cabe todavía la posibilidad de que de hecho lo oculte y de que la propia criatura sea confundida con el que le ha dado y le da el ser (cf. Rom 1,18ss). Nada de esto podrá ocurrir en la transformación escatológica, cuyas características concretas, por supuesto, ignoramos. Pero sí podemos afirmar que entonces los cielos y la tierra proclamarán la gloria del Señor sin equívocos posibles. También la presencia de Dios en la creación es ahora «velada», como el señorío de Cristo. En los cielos nuevos y la tierra nueva será plenamente manifiesta. En la eucaristía Cristo se hace presente de modo oculto bajo las especies del pan y del vino en la comunidad que celebra su memoria; en la transformación escatológica todo el cosmos será reflejo de la gloria del Señor plenamente manifestado¹⁰.

Es cierto que la teología eucarística no ha de olvidar en modo alguno el aspecto comunitario y de transformación personal que entraña; en el «hacer-nos» cuerpo de Cristo está el sentido último de la celebración de la eucaristía. Es igualmente claro que la analogía entre la transustanciación y la transformación escatológica del cosmos nos ayuda a descubrir no pocos aspectos de la primera. Pero la analogía es justamente analogía, no univocidad. La transformación de los hombres en Cristo no puede desligarse de la presencia personal del Señor en los dones eucarísticos; nos hacemos Cristo comiendo y bebiendo su cuerpo y su sangre. La causalidad sacramental está ligada al signo. La presencia sacramental de Cristo cabeza construye su cuerpo, del que todos somos miembros; y somos miembros del cuerpo en la medida en que nos unimos a la cabeza. Es la acción de Cristo la que la Iglesia recuerda y actualiza. Y en este recuerdo y actualización está presente Cristo de modo personal, como Cabeza a la que se une el cuerpo, pero no diluida en él. Lo mismo podemos decir de la transformación escatológica del universo: toda la creación participará de la gloria de los hijos de Dios y, consiguientemente, de la de Cristo; pero la realidad creada no se va a convertir en Cristo en el mismo sentido en que los dones eucarísticos se convierten en su carne y en su sangre. El mundo creado llegará a su plenitud en tanto que creado, lleno de la gloria del Creador. Pero el Dios todo en todas las cosas no elimina la realidad de estas últimas. En la eucaristía que ahora celebramos el Señor se hace presente en los dones en la medida en que los asume para convertirlos en él mismo. En la transformación final será la presencia manifiesta de Cristo la que producirá la restauración de todas las cosas. Cuando el Señor de todo se manifieste en su gloria, los hombres y el cosmos llegaremos a ser aquello para lo que el Señor nos tiene destinados.

¹⁰ Se podría tal vez añadir: ya que Cristo es el mediador de la creación y el reflejo de la gloria del Padre, el universo puede expresar en plenitud la gloria del Creador sólo cuando manifiesta a su vez el señorío de Jesús.

Ciertamente un anticipo de todo ello acontece ya en la eucaristía. De ahí la importancia de la dimensión escatológica en la teología eucarística. Ahora bien, el concepto central de la escatología cristiana no es, a mi juicio, el de transformación del cosmos; ni siquiera el de resurrección, con toda la importancia que tiene; el lugar central corresponde a la parusía del Señor¹¹. Lo hemos insinuado desde el comienzo de estas páginas, pero es preciso insistir en ello de modo más explícito. La fe cristiana es fe en Jesús Señor. De su señorío deriva nuestra salvación. Porque Cristo ha resucitado tenemos abiertas las puertas de la esperanza. Pero porque el poder del resucitado no se ha manifestado aún de modo total, nuestra salvación todavía no es plena. Los primeros cristianos esperaban con ansia la venida del Señor en gloria, no directamente la resurrección. Y éste mismo ha de ser el objeto primario de nuestra esperanza y, por consiguiente, el tema central de la escatología cristiana. ¡Ven Señor Jesús!, seguimos diciendo nosotros, precisamente en el contexto de la celebración eucarística (cf. 1 Cor 16,22; Ap 22,20). Para el Nuevo Testamento la resurrección es consecuencia de la venida de Cristo (cf. 1 Cor 15,23; Col 3,4; 1 Tes 4,13-18, etc.). La centralidad de Jesús en la fe cristiana ha de ponerse también de manifiesto en la escatología. La manifestación de Jesús es la causa y la raíz de la resurrección y de la salvación del hombre y de la transformación del universo; él tiene poder para someterlo todo a sí (cf. Flp 3,21).

La relación entre la eucaristía y el Reino futuro es evidente; se expresa en las mismas palabras del Señor en la última cena (cf. Mc 14,25; Mt 26,29). Pero el Reino, como es sabido, está esencialmente vinculado al propio Jesús. El es quien trae el Reino con su venida, primero de modo oculto, al final de modo manifiesto. La vinculación de la eucaristía con el Reino futuro está ligada a la presencia de Jesús y a su segunda venida. Por consiguiente, si damos la debida primacía a la presencia personal de Jesús y a su manifestación definitiva, la dimensión escatológica de la eucaristía se ha de centrar ante todo en la parusía. En la celebración eucarística se hace presente Cristo glorioso, que murió por nosotros, anticipando su venida en gloria. El Señor resucitado se hace presente en medio de su comunidad, como un día se hará presente a todos los hombres. La eucaristía anticipa por tanto la venida del Señor (cf. 1 Cor 11,26)¹². Jesús se hace presente en el pan y en el vino (sin que ello signifique olvidar las otras dimensiones de su presencia); para hacerse presente en medio de los suyos asume la realidad creada; en función de esta presencia tiene lugar la transustanciación. Y en la medida en que se anticipa la parusía y se prefigura ésta realmente, se anticipa también la transformación del universo que será consecuencia de aquella. Pero notemos

¹¹ Cf. la centralidad que atribuyen a la parusía del Señor en sus respectivas sistematizaciones de la escatología, C. POZO, *Teología del más allá*, Madrid 1981; J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *La otra dimensión. Escatología cristiana*, Madrid 1975.

¹² J. RATZINGER, *Escatología. La muerte y la vida eterna*, Barcelona 1980, 190: «Cada eucaristía es parusía, venida del señor, y cada eucaristía es, con todo, preponderantemente tensión del anhelo de que se revele su oculto resplandor.»

la diferencia: ahora Jesús asume la realidad, hasta convertirla en él mismo, para venir a nosotros. Si la transustanciación no se produjese, no se produciría tampoco esta presencia sacramental del Señor. La ascensión de la criatura se realiza para que la presencia del Señor entre los suyos adquiera una densidad muy peculiar. Se prolonga en cierta manera la encarnación del Señor (de modo analógico) en nuestro mundo y en nuestra historia. Pero no ha llegado todavía la manifestación final; cuando ésta llegue, la creación no será transformada para que el Señor se haga presente, sino al revés: la presencia manifiesta del Señor producirá la transformación de todo. Ahora son necesarios los signos sacramentales. Entonces no lo serán. El Señor aparecerá en la gloria, tal como es, y por ello transformará el universo y el hombre para que salgan a su encuentro. En la eucaristía el Señor asume la realidad creada para hacerse presente entre nosotros; sólo de modo oculto viene y nos eleva a su vida divina. En la transformación final la venida y la elevación serán manifiestas; seremos transformados para estar con él. Ya no es necesaria la transustanciación, porque estaremos en la visión y no en la fe. El signo sacramental, como decimos, habrá cumplido ya su misión. La presencia del Señor será patente a los hombres conformados según su cuerpo de gloria (cf. Flp 3,21) en el universo transformado en cielos nuevos y tierra nueva.

Universidad Pontificia Comillas
Madrid

LUIS F. LADARIA